

La confusión y el vacío

Por ENRIQUE GUARNER

EN «Crimen y castigo», novela de Fiodor Mijailovich Dostoyevsky que fuera publicada en 1866, se describe al estudiante de Derecho Rodión Raskolnikov de la siguiente manera:

«Hasta tal punto estaba arrinconado en su cuarto y apartado de todo el mundo, que temía encontrarse con alguien. Le agobiaba la pobreza, pero hasta su apurada situación había dejado de atormentarle. Había abandonado en absoluto los quehaceres cotidianos y ya no quería atenderlos».

Como se recordará Raskolnikov vaga durante unos días por San Petersburgo obsesionado por una idea fija: la de asesinar a la vieja y repugnante prestamista, Alena Ivanova. Al fin una tarde en que sabía que la usurera estaba sola realiza su premeditado crimen perpetrado con una hacha. Sin embargo, acabado de ejecutar se encuentra con que la hermana de la víctima había entrado sin hacer ruido por la puerta que quedó sin cerrar.

Viéndose descubierto Raskolnikov le parte la cabeza sin darle tiempo a proferir ni un grito. Inmediatamente toma una bolsa que la prestamista llevaba en el cuello, roba algunas alhajas y consigue huir sin que sea visto, después de unos momentos emocionantes en que llamaron a la puerta unos visitantes.

Cometido el asesinato Rodión esconde el producto del robo en un patio y comienza a vivir unos días de tormento y pesadilla que terminan por llevarlo a denunciarse a la policía, siendo condenado a trabajos forzados.

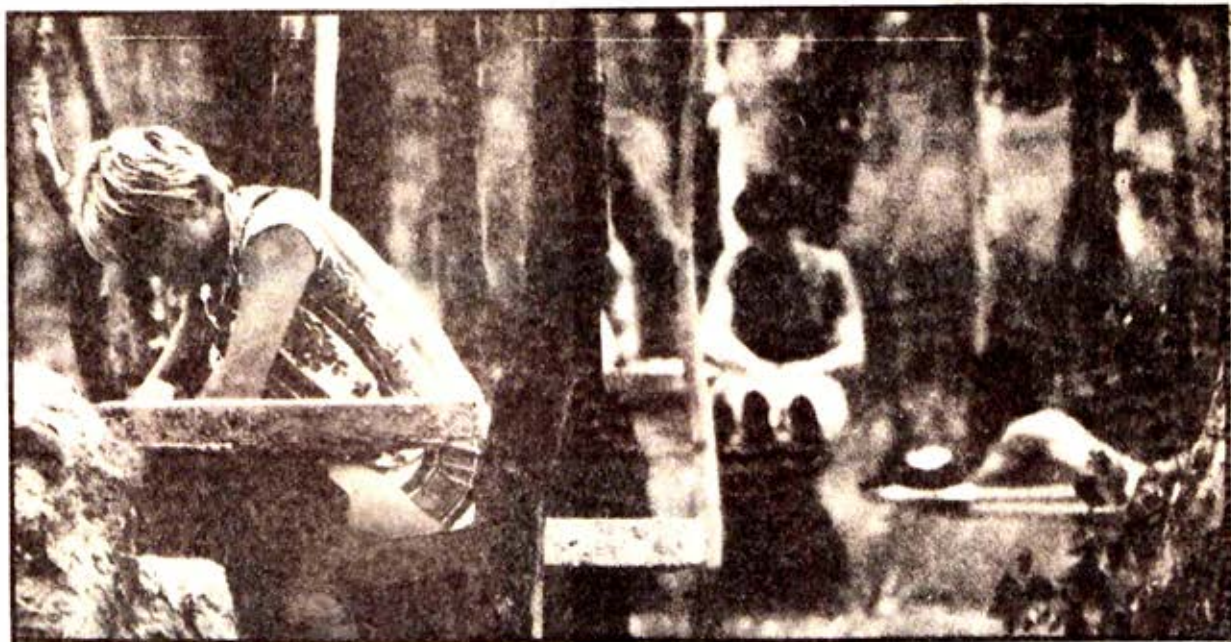
La descripción por Dostoyevsky de un cuadro de confusión mental puede considerarse como genial, puesto

que el personaje vive en un tugurio una soledad tremenda y confunde o no distingue entre aquello que está bien o mal. Es por ello que se pregunta: ¿Cómo puede llamarse a eso crimen? El verdadero asesinato es el de la vieja avara, que se obstina en guardar su dinero, ese parásito inmundó y voraz que vive de sorber la sangre de los pobres. Por un proceso inconsciente la vieja representa al régimen social injusto del que se derivan los males de la Humanidad. Sin embargo, algo permanece oscuro en la mente de Raskolnikov, quien ha realizado su crimen en forma automática y como si hubiera sido un espectador del mismo.

Esta impresión de extrañeza, separación o irrealidad es a lo que en Psiquiatría se ha denominando confusión mental. En ella se presenta un caos en el yo, que es la estructura que organiza las ideas y se distorsiona la personalidad, el propio cuerpo y su contacto con el mundo exterior, porque la persona se aparta del ambiente que le rodea.

Uno de los síntomas más constantes es la «pérdida de las emociones», y los pacientes describen lo que les sucede como que se encuentran despegados de todo y que nada los afecta. A pesar de que no son capaces de sentir ríen ante situaciones que no debieran, y esto sucede porque el afecto es extraño y no genuino. Estrechamente unida a la falta de emociones aparece una pérdida del control, de tal manera que los actos se realizan sin pensar en las consecuencias.

Algunas personas en estado confusional acusan dificultad para revisar sus pensamientos y enfocarlos, porque muchos de ellos pasan por un espacio de tiempo limitado en el campo consciente. Las ideas se vuelven vagas y existe dificultad para comprenderlas y verbalizarlas. Las actividades carecen de una finalidad determinada y el ambiente de extrañeza pierde su verdadera dimensión. Esta sensación puede describirse como que se viven los



sueños como en el caso de Raskolnikov, a quien el excesivo trabajo mental lo lleva a la fatiga y al agotamiento.

Dado que el yo nos da la identidad en el tiempo y el espacio, la persona confusa presenta grandes disturbios temporales. Se podría decir que existe un alejamiento del pasado e incapacidad para visualizar el futuro. El presente se vuelve mucho más prolongado y los sucesos se desarrollan sin secuencia alguna, porque carecen de identidad en el tiempo y el espacio.

Se puede considerar la confusión mental como un estado emocional inespecífico, porque a veces es una situación transitoria que se observa en individuos normales. Resulta rara en los niños, para volverse común durante la adolescencia. En ocasiones se presenta como consecuencia de una fatiga intensa o cuando se han pasado varias noches sin conciliar el sueño.

Acaso la confusión ocurra como un cambio de la relación de la persona con su mundo, su cuerpo y sus propios mecanismos defensivos, o sea, una incapacidad para hacer coincidir el pensamiento con el esquema habitual del medio que nos rodea y que llevamos dentro. De este modo cuando nos enfrentamos con una catástrofe, como sucedió en los terremotos de 1985, sufrimos estados de perplejidad y turbación semejantes a la confusión mental. Estos estados transitorios indican que cualquier individuo es susceptible a tales experiencias, notarias y describirías sin despersonalizarse.

En cambio, en las esquizofrenias los ataques confusionales subsisten en forma continua y se vive constantemente dentro del pánico. Frecuentemente se pierde la identidad y se llega a las alucinaciones, percepciones que no existen o a las ilusiones, transformando lo que observamos en distorsiones que nos lleven a darles una explicación.

En ciertos deprimidos también encontramos cuadros confusionales, pero a diferencia de lo que sucede con los esquizofrénicos, ellos son más críticos y sus ideas pueden llevarlos hasta el suicidio.

La confusión no es otra cosa que un alejamiento con los objetos que nos son familiares y a los cuales no podemos unirnos, porque tal vez hemos dejado de gustar de ellos.

La sensación de vacío

En «David Copperfield», la bellísima novela de Charles Dickens que fuera publicada en 1960, tenemos la descripción más exacta de la sensación de vacío. Recuérdese aquí que el protagonista acaba de perder a Dora, la hija de Spenglow, a la que amaba y con quien estuvo casado por dos años. En el relato el escritor nos dice:

«Me fui lejos de Inglaterra, sin saber todavía el choque que había sufrido. Dejé allí lo que tenía y quería, pensando que pertenecía al pasado, pero no tenía idea de la herida que llevaba dentro. El conocimiento de la misma no llegó en forma súbita, sino que se fue incorporando grano a grano. Era como un sentimiento de soledad que se incrementaba hora tras hora. El principio constituía una carga de tristeza y de pérdida que no me dejaba distinguir lo que me rodeaba; pero en grado imperceptible fue haciéndose consciente el vacío que dejaba un hueco que convertía en oscuro el horizonte».

Esta descripción magistral de Charles Dickens nos da una idea de la sensación dolorosa del vacío ante la pérdida de un ser querido. Se podría afirmar que David Copperfield ya no puede sentir nada dentro de sí mismo, porque ya no hay nada que sentir. La vida se vuelve un tormento y aunque saben que la soledad aumentará los síntomas, la llevan a cabo para buscar un castigo o su melancolía.

La sensación de vacío o falta de emociones producen un estado de indiferencia. La persona que sufre esta situación no parece experimentar la alegría o la tristeza,

sino que más bien actúa como si nada importara. Al no sentir ningún placer pierde su motivación para encontrar satisfacción alguna en lo que realiza. La insensibilidad ante el dolor hace que no se le evite y se deja de prestar atención a la apariencia personal, al trabajo o a las diversiones. En otras palabras, se vuelve letárgica, aislada y carente de motivación. Aunque a veces existan periodos de corta actividad, como en el caso de David Copperfield, que abandona Inglaterra. Estos episodios duran poco y el sistema emocional permanece en el vacío, disminuido en cuanto a sus reacciones. Lo más frecuente es que no haya creatividad alguna porque se necesita espontaneidad para producir y la persona que tiene un gran hueco en sus emociones es incapaz de tomar iniciativas.

En David Copperfield la serie de trastornos que sufrió en su infancia dejaron una laguna afectiva, de tal manera que cuando una nueva catástrofe se avalanzó sobre él, la melancolía lo paralizó y dejó un vacío imposible de llenar.